

SERMON

SOBRE

LA DIVINA PALABRA (1).

PARA EL DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei.

No de solo pan vive el hombre, mas de toda palabra, que sale de la boca de Dios.

S. Mateo, c. 4. v. 4.

Debiendo anunciaros hoy la palabra de Dios, como único medio de conservar vuestra vida espiritual, con arreglo á la sentencia del Evangelio que acabáis de oír, ningun exordio juzgo mas á propósito que el que usó san Pablo, hablando en semejante ocasion á los fieles de Corinto: *os exhorto*, les dice, *no recibáis en vano la gracia del Señor: ahora es el tiempo aceptable, y el día de la salud*. Y adoptando yo en la hora este mismo lenguaje, os ruego por las entrañas de Jesucristo, por su terrible venida, por su reino inmortal, grabéis en vuestro corazón aquella divina palabra, que con su omnipotencia nos sacó de la nada; que con su luz inaccesible dispó nuestras tinieblas; que hizo triunfar la verdad, destruyendo la idolatría y el error, y exaltando la gloria del Excelso. Palabra inefable! comparada por san Dionisio al agua, porque vivifica y fecundiza; á la leche, porque da incremento; al vino, porque recrea el ánimo; á la miel, porque purifica, conserva y dulcifica. Palabra benéfica! que da vista á los ciegos, salud á los enfermos, vida á los muertos. Palabra triunfante y victoriosa! que cautiva el

(1) Hállase otro sermón sobre este mismo asunto en la pág. 365 del tomo primero de los de *Mision*.

entendimiento en obsequio de la fe, y erige altares al verdadero Dios sobre las ruinas de los de Astarte, de Baal, de Dagon y de Moloc, elevando la cruz sobre la cabeza de los mas altos monarcas. Palabra en fin adorable! que emanada de la boca de Dios, sirve de alimento espiritual al hombre, que será bienaventurado, si la oye y la observa, como se explica Jesucristo.

Con arreglo pues á estos irrefragables principios de nuestra Religion y cristiana moral, ¿no podré yo inferir la indispensable necesidad que tenéis todos de oír la palabra de Dios, con aquel espíritu de veneracion, respeto y obediencia, que os haga dignos de recibir sus frutos? La materia, señores, no puede ser mas importante, ni mas análoga á vuestros verdaderos intereses. Para tratarla pues con método, os haré ver en primer lugar, vuestra obligacion de oír la divina palabra; y en segundo, el modo de oirla con fruto: dos breves reflexiones, dignas de esta cátedra y á propósito para vuestra enseñanza.

Ayudádme todos á pedir las luces del Espíritu santo, rogándole se digne difundirlas sobre vuestros corazones y mis labios, á fin de que hoy se renueve su gloria en el templo de nuestras almas. Pidamos con espíritu de confianza y de compuncion esta gracia, por la poderosa intercesion de María santísima. Saludémosla todos con el ángel. *Ave María*.

Para quedar plenamente convencidos de la estrecha obligacion de oír la divina palabra, basta un momento de reflexion sobre nuestra propia indigencia espiritual, y la virtud omnipotente de aquella para curar nuestras dolencias y remediar nuestras necesidades. El hombre, señores, es un admirable compuesto de alma y cuerpo; dos sustancias diferentes, que no pueden permanecer largo tiempo vivas sin el competente alimento. Así para que por falta de él no falleciese esta obra singular de las manos de Dios, se dignó el Señor por un efecto de su inefable bondad, proveer con abundancia y esplendidez á todo. Á la subsistencia del cuerpo destinó las aves del cielo, los peces del mar y de los rios, las bestias y frutos de la tierra, ya industriales, ya espontáneos; todo lo cual no solo basta á remediar al hombre en su indigencia, sino tambien á promover su regalo y su delicia; y esto con tanta universalidad y constancia, que desde el principio del mundo, así como nace el sol

sobre los buenos y los malos, así también *provee de alimento á toda la carne*, según la expresión del Salmo (1).

Por lo que hace al alma, hecha á imagen y semejanza del Señor, quiso le sirviese de sustento su divina palabra, por medio de la cual instruidos en su ley santa, en su disciplina, en sus adorables misterios y sacramentos, pudiésemos, ayudados de su gracia, remediar en sus necesidades la vida del espíritu. Por manera que así como el hombre, en cuanto terreno, no puede subsistir largo tiempo sin alimento corporal, y pecaría gravemente siendo homicida de sí mismo, si rehusase tomarlo; no sería ménos reo de suicidio espiritual el que privase á su alma del alimento que le corresponde, según los designios de Dios.

Hé aquí el sólido fundamento en que estriba la estrecha obligación que tenéis de oír la palabra divina. Las necesidades de nuestra alma se multiplican, señores, cada día, y solo la voz de Dios puede iluminar sus tinieblas, disipar su ignorancia y sus errores, desterrar su negligencia y su desidia, animar su fe y confirmar su esperanza, encender en fin su caridad, y dirigir al hombre por las verdaderas sendas de la justificación.

Esta obligación pues no comprende solamente á las personas del vulgo, ni es privativa de las gentes ignorantes y timoratas; es extensiva á todos los mortales que desean salvarse, por mas elevados que se juzguen por nobleza, por grado ó por talentos. Oíd, os dice Dios, escuchád, poderosos del siglo, presuntuosos sabios, majestades subalternas, depositarios de la justicia del Señor sobre la tierra; oíd la voz del Soberano de los reyes, de quien vuestro poder y autoridad dimanar; oíd su divina palabra: jamas, os dice, olvidéis los beneficios de vuestro Dios; amádle siempre con toda vuestra alma, con toda vuestra mente y potencias, y á vuestros hermanos como á vosotros mismos: convertíos á mí con todo vuestro corazón, y abandonád las sendas de la iniquidad. No hay mas que un Dios, una fe, un bautismo, una moral, cuyos preceptos comprenden á todos sin excepción alguna; ni se ha dado otro nombre á los mortales para ser salvos, que el de Jesucristo.

Á todos pues hablo en esta hora; á sabios é ignorantes, á plebeyos y poderosos, á súbditos y magistrados, á gentes de todas edades, sexos y condiciones; vosotros sois hijos de Dios

(1) *Psalm. 135. v. 25.*

por adopción. ¿Ignoráis por ventura que todo el que es hijo de Dios, oye su voz, como se explica Jesucristo por san Juan? (1) Tenéd estas verdades, tenédlas siempre delante de vuestros ojos; enseñádlas á vuestros hijos; grabádlas sobre las puertas de vuestras casas, como os lo manda Dios por un profeta.

Y ¿á qué fin, me diréis, tan exquisita diligencia? — Para remedio de vuestras necesidades espirituales: reconocédlas de buena fe. ¡Qué de tinieblas no oscurecen vuestro entendimiento! ¡qué de pasiones favoritas no dominan vuestro corazón! ¡qué de aversiones secretas no devoran vuestras entrañas! ¡qué de errores no tenéis que disipar! qué de verdades que aprender! Queréis proveer á todo? Oíd la palabra de Dios, que con su virtud omnipotente socorrerá vuestra indigencia.

Ella en efecto, si la oís debidamente, difundirá sus rayos sobre vuestra alma, dirigirá con seguridad vuestros pasos, os mostrará las virtudes y os conducirá á la verdad. La palabra de Dios, dice un sabio, es como una antorcha divina, que arroja de sí la luz mas viva, descubre los mas secretos escollos y penetra hasta los asilos mas oscuros, en que los crímenes se ocultan y se reconcentran los vicios. La voz de Dios resonó con fuerza y magnificencia sobre las aguas, como se explica un profeta; y bien diferente de la del hombre, que solo puede aconsejar y excitar, ella produce lo que ordena, manda y obra juntamente, llena siempre de virtud y de eficacia. La palabra de Dios desenvuelve el caos de la nada y produce al universo: el cielo y la tierra son obra de su virtud omnipotente, criándolo todo para el hombre, y al hombre para Cristo.

La voz de Dios, dice David, hace temblar las naciones y trastorna poderosamente los cedros elevados del Líbano, conmueve los desiertos de Cades, y postra á los fuertes y robustos de Moab. Poderoso eres, Señor, y nada hay que resista á vuestra voz. La Grecia supersticiosa, la soberbia y altiva Roma, la Persia sensual, la India feroz, la Escitia bárbara, ¿no se reunieron bajo una misma fe al oír vuestra divina palabra, como se explica san Gregorio? Sectas deificadas, sistemas filosóficos, estoicos severos, cínicos arrogantes, epicúreos voluptuosos, ¿no doblasteis vuestra dura cerviz al yugo del Crucificado, por la virtud irresistible de su divina palabra?

(1) *Joan. c. 8. v. 47.*

Ella en efecto es viva y eficaz por sí misma, como dice san Pablo á los hebreos, y mas penetrante que una espada de dos filos; pero vosotros (Dios me manda os lo diga), vosotros la teméis, porque no queréis dejar vuestras pasiones. Solo ella es capaz de iluminar vuestras tinieblas, y dirigir vuestros pasos á la bienaventuranza; pero vosotros rehusáis abandonar las sendas de la iniquidad, que os conducen inevitablemente al precipicio. Ella es la única que puede desterrar vuestra ignorancia, sujetar vuestra rebeldía, arreglar vuestros deberes, y mostraros los caminos que os conduzcan á seguro puerto; pero vosotros cerráis de propósito los oídos á sus ecos amorosos, á sus amonestaciones paternales, á sus mas terribles amenazas; y adoptando mas de una vez un lenguaje anticristiano, decís con los impíos en el libro de la Sabiduría: «venid, y gocemos de los bienes... llenémonos de vino y de ungüentos, para no perder la flor del tiempo: coronémonos de rosas ántes que se marchiten: no haya prado que no sea testigo de nuestra lujuria... dejemos por todas partes señales de nuestra alegría... Oprimamos al pobre justo, sin perdonar á la viuda ni al anciano; sea en fin nuestra fortaleza la ley de la justicia.» Los que así te desprecian, ó palabra de mi Dios! bien podrán pasar sus dias rodeados de bienes y regocijos; pero en su muerte *descenderán en un momento al infierno*, como el santo Job se explica.

¡Temblád pues, cristianos relajados, mortales sordos á la voz de Dios! Teméd que el Señor os quite en su cólera á los ministros de su divina palabra, trasladándola á otras regiones, donde consiga mas fruto que entre vosotros. *Los dias se acercan*, dice el profeta Amos, *de enviar hambre á la tierra, no hambre de pan y sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios... De un mar á otro se conmoverán las gentes, desde el aquilon hasta el oriente circuirán buscando la palabra del Señor, y no la encontrarán*. Esta amenaza terrible, como se explica un sabio, ha tenido ya su cumplimiento en provincias y reinos enteros, que de jardines amenos de santidad, se han convertido en espantosas soledades, por falta de obreros evangélicos.

Nosotros, hermanos míos, por la misericordia de Dios, habitamos en paz en esta tierra de Jesé, entre tanto que vemos al Egipto cubierto de tinieblas y de funestas plagas en castigo de su obstinacion. El cielo nos provee de abundante sustento con el maná de su divina palabra, en el tiempo mismo en que ni la

lluvia ni el rocío descenden sobre los infelices montes de Gelboé, sepultados en las densas tinieblas del error y de la infidelidad.

¿Y de dónde, os ruego, una diferencia tan notable? ¿Por ventura del arreglo de nuestra vida, de la santidad de nuestras costumbres? Ah!... preguntádlo sin indulgencia á vuestro interior. Vuestra misericordia ó mi Dios! y la adorable predileccion con que siempre habéis mirado á este reino, ha contenido hasta de presente vuestra ira. Mas ay de tí, nueva Corozain! ay de tí, Betsaida! os diré con Jesucristo; pues si en Tiro y en Sidon se hubieran obrado los prodigios que has experimentado tú misma, ya habrían hecho penitencia cubiertos de ceniza y de cilicios. Pero vuestra suerte en el terrible juicio será (yo, señores, me estremezco), será mucho mas dura y mas funesta que la de estas ciudades réprobas; y tú, nueva Cafarnaum, exaltada hasta las nubes, serás sumergida hasta el abismo. Vos, Señor, lo mandáis así decir á los ministros de vuestra palabra; añadiendo, que el que los oye, oye á vos mismo, y el que los desprecia, á vos mismo desprecia, y al Padre que os envió al mundo.

Y ¿qué es lo que pretendo inferir de tan altos principios, ó á qué fin estas terribles amenazas, que Jesucristo nos anuncia en su Evangelio y por boca de sus profetas? Á fin de que conozcáis sin excusa la obligacion que tenéis de oír y obedecer la voz de Dios para salvaros, porque ella es el alimento espiritual de todo fiel cristiano, que á los párvulos sirve de leche para su aumento; á los enfermos de medicina para curar sus dolencias, descubrir sus llagas mas ocultas, animar su espíritu y fortalecer sus pasos por las sendas de la salud; y á todos los viajeros y peregrinos por este valle de lágrimas sirve de pan sustancial, que les da esfuerzo, como á Elías, para seguir sus marchas y huir de los peligrosos lazos que les tienden sus enemigos y perseguidores en el desierto de esta vida.

Para afirmarnos pues en la fe y práctica de estas verdades, nos dice Jesucristo en las palabras de mi tema, que *el hombre no vive de solo el pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*; declarando *bienaventurados á los que la oyen y observan*. Mas esto pertenece ya á la segunda reflexion, en que os prometí mostrar el modo de oír la palabra de Dios para que sea fructuosa. Seguíme atentos.

De poco nos servirá vivir persuadidos á que la palabra de Dios es el alimento mas análogo á la indigencia espiritual del hombre, si no queremos aprovecharnos de su virtud y su eficacia para sostener la vida del alma. Por mas fecunda que sea en sí misma esta divina semilla, como Jesucristo la llama, nada producirá si cae sobre tierras áridas é ingratas, que la impidan crecer y multiplicarse; sobre corazones duros é indóciles, que la critiquen ó que no la observen. Para sacar pues fruto de la palabra de Dios, es necesario oirla con respeto y obedecerla con fidelidad; porque no son los oyentes de la voz del Señor los que han de justificarse, sino los que la observen, como nos enseña san Pablo; y el mismo Dios, queriéndonos dar una regla fija de conservar la vida del alma, nos dice á todos en el libro de los Proverbios: *reciba tu corazon mis palabras, guarda mis preceptos, y vivirás.* No vincula pues al oído y á la memoria el fruto de la palabra, sino á la docilidad del corazon y á la fiel ejecucion de los mandatos, que os intimamos en nombre de Jesucristo, como legados suyos, segun la expresion de san Pablo á los corintios. El Salvador nos enseña, dice san Agustin; oigámosle, obedezcamos, y temamos. « Id, añade el Salvador á sus discípulos, predicad el Evangelio á todas las criaturas; y si os condujeren ante los reyes y príncipes, no temáis, porque no sois vosotros los que habláis, sino el espíritu de vuestro Padre que está en los cielos, es el que habla en vosotros. Todo el que creyere con una viva fe y fuere bautizado, será salvo; y todo el que debidamente no crea, es decir, el que no tenga fe, ó la tenga sin obras, será condenado. »

Esta es, señores, la suma de nuestra moral, y el blanco á que se dirige la divina palabra; y hé aquí el origen de la veneracion y fidelidad con que debe ser recibida y ejecutada. Ella en efecto no es ménos digna que el cuerpo de Cristo, dice san Agustin, ó el autor de una homilía que se le atribuye; y por tanto, añade este Padre, no es ménos reo el que oye con negligencia la palabra de Dios, que el que por su descuido deja caer en la tierra el cuerpo de Cristo: *non minus est verbum Dei, quam corpus Christi. Ideo non minus reus est, qui verbum Dei negligenter audierit, quam ille qui corpus Christi in terram negligentia sua cadere permisit.*

Con arreglo á estos principios, no es difícil inferir la causa por que siendo la palabra de Dios tan fecunda y eficaz por sí

misma, produce de ordinario tan poco fruto en los oyentes. Entre estos, por lo comun, unos son curiosos, y otros indóciles, los primeros faltan al respeto, y los segundos á la fidelidad. Así unos y otros, ademas de no recibir fruto alguno, aumentan su iniquidad. La obligacion de mi ministerio y el zelo que Dios me inspira, no me permiten dejar de hacer alguna reflexion sobre estas dos causas, que impiden el fruto de la divina palabra. Hijo del hombre, me dice Dios por su profeta Ezequiel, si cuando yo digo al impío, que morirá con muerte eterna, no se lo anuncias, para que abandone sus erradas sendas, él morirá en su iniquidad; mas yo requeriré su sangre de tus manos. No quiera pues el Señor que haga yo traicion á su palabra, porque ni temo la censura de los hombres, ni pretendo complacerles, como decia en otro tiempo san Pablo.

Oíd pues al profeta: *vivo yo*, dice el Señor: *no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta de su errada senda, y viva... La justicia del justo no le libraré en el dia en que pecare, ni la impiedad del pecador le dañará en el dia en que se convierta de su crimen... Convertios, convertios á mí, y abandonad vuestros pésimos caminos.*

¿Y qué efecto, os ruego, causaron estas palabras entre el pueblo de Israel? El que producen de ordinario entre nuestros oyentes curiosos y morosos críticos. Oíd la disposicion de aquellos ánimos, manifestada por Dios al profeta, para que la cotejéis con la vuestra. Venid, decian, vamos á oír los discursos que nos hablan del Señor, y juzguemos por nosotros mismos de este nuevo predicador. Te hallarás rodeado de un concurso brillante y numeroso, que sentados en tu presencia, observarán un profundo silencio: oirán la voz, y no se aprovecharán de ella. Esta multitud curiosa corren á oír los sermones, como si fuese á los espectáculos. Las gracias de tu estilo, la fuerza y energía de tus expresiones, lo persuasivo de tu elocuencia, será para algunos un agradable concierto de música, que lisonjea sus oídos por un momento; para otros un motivo de censura, si no abundan tus discursos de aquellas vivas imágenes y pinturas, que retraten con exactitud los crímenes de alguno de los circunstantes, para poder decir como Natan á David: tú eres el modelo de este retrato: *tu es ille vir.* Ellos en efecto buscan oradores, y no apóstoles, y por consiguiente no van en pos de

la verdad, sino de los talentos. ¿Qué fruto sacarán de esta vana curiosidad?

¿Y qué diré de los críticos y censores de la palabra? ¿Con qué satisfacción no deciden del mérito de una pieza, como si fuese de teatro! ¿Con qué facilidad no aprueban el discurso de un predicador, y reprueban el de otro! Juzgar de todos, criticar á todos, censurar á muchos, sin convertirse al oír á ninguno, esto es ser oyentes ilustrados y á la moda. Crímen funesto! disposición abominable! que dimana de venir á oír la palabra, como si fuese del hombre, y no de Dios; ó como si fuera diversa, segun la diversidad de los talentos. Aunque san Pablo sea vehemente en sus expresiones, aunque san Juan sea todo amor y dulzura, aunque hable Amos con tanta sencillez, Jeremías, Ezequiel y Daniel con tanta energía y elocuencia, ¿no son todos legados de Dios y embajadores que nos hablan en su nombre y con el mismo espíritu?

Yo bien sé que entre los ministros de la palabra no faltan algunos que dicen mucho, y obran poco. Mas aún cuando ellos no obren todo el bien que deberían, ¿deja por esto de ser verdadera la voz de Dios que os proponen? Las faltas de ellos disminuyen ó autorizan las vuestras? Cuando Jesucristo habla de los escribas y fariseos, cuya conducta censura y reprueba, ¿no manda al pueblo que practiquen exactamente todo lo que enseñan? *Omnia quaecumque dixerint vobis, servate et facite.* La virtud, dignidad y eficacia, así de los sacramentos, como de la palabra divina, no depende, señores, de la mayor ó menor santidad de sus ministros, sino de Jesucristo, en cuyo nombre obran y hablan. ¿Sabéis por qué la iglesia de Tesalónica fué colmada en un momento de tantas bendiciones? ¿por qué recogió tanto fruto de la predicación de san Pablo? Oído decir al mismo apóstol: *damos gracias á Dios continuamente, porque habiéndoos anunciado la palabra de Dios, la habéis recibido, no como palabra de los hombres, sino como verdadera palabra del Señor, que obra en vosotros los que habéis creído.* Para recibir pues sus frutos, abandonando toda vana curiosidad, todo espíritu de crítica y de censura, no solo debemos oírla con veneración y respeto, sino obedecerla con fidelidad.

Sin este requisito, señores, nada podemos adelantar en la carrera de la salud. Jesucristo nos lo enseña expresamente,

cuando habla de su divina palabra bajo la parábola de la semilla. La que cae sobre piedras ó entre espinas, no fructifica, porque aquellas no le permiten echar raíz, y estas la sufocan. Imágen fiel de aquellos cristianos, que, ó por su obstinación no la reciben, ó por su negligencia no la observan. El hombre incrédulo, el esclavo de la avaricia, de la ambición, de la belleza, el supersticioso, el vengativo, vienen á nuestros templos, como preparados á resistir la divina palabra. Esta clase de mundanos de corazón cierran de propósito los ojos, para no ver la luz de la resplandeciente antorcha de la voz de Dios, que es la única que puede iluminar sus tinieblas y disipar sus errores. Los preceptos del Excelso son duros para ellos. No pueden sufrir se les hable de la humildad, del desprecio de los bienes terrenos, de la negación de sí mismos, de la renuncia del mundo réprobo y de las obras de tinieblas, del perdón de la injuria, de la caridad fraterna y de la mortificación de la carne. Solo apetece, como los impíos del tiempo de Isaías, que se les lisonjee con palabras blandas, que se les divierta con especies que les causen placer: *loquimini nobis placentia.* Pueblo mio, os diré con este profeta: *el que os adula, el que os alaba, ese os engaña y extravía vuestros pasos.* Si os obstináis en no querer obedecer estos preceptos, hé aquí la sentencia fulminada por Dios contra vosotros: *por cuanto os llamé, y lo rehusasteis, dice en los Proverbios, porque extendí mi mano, y no hubo quien atendiera; por haber despreciado mis consejos, y no hacer caso de mis amenazas; yo también en vuestra muerte me reiré, y haré burla de vosotros... cuando os sobrevenga la calamidad repentina, y os asalte la tribulación y la angustia. Entonces me invocarán, y no los oiré, se levantarán de mañana, y no me encontrarán, por haber mirado como odiosa mi disciplina y no haber recibido el temor de Dios.* Tal será el fin de los que vienen á oír la divina palabra con designio premeditado de no aprovecharse de ella.

Y ¿será mas copioso el fruto de los que conociendo su verdad, necesidad y eficacia, no la observan con fidelidad? Ah, señores! ¿De qué sirvió al pueblo de Licaonia, dice un sabio, haber oído con atención y respeto al Apóstol de las gentes, sin haber abrazado su doctrina, sino de ser mas culpables á los ojos de Dios, por no haberse aprovechado de la palabra que se les anunció? ¿De qué sirvió á Félix haber formado, al oír á Pablo,

el bello proyecto de abandonar el judaísmo para someterse á la ley de Jesucristo, si por falta de fidelidad, renuncia de este propósito al punto que deja de hablar el Apóstol? Temblád aquí vosotros, los que creéis haber adelantado mucho, cuando habéis sentido algun movimiento en vuestra conciencia, al oír la voz de Dios, y que pensáis no estar obligados á mas que á ciertos sentimientos de piedad. Aún cuando confirméis la verdad de la palabra por la confesion de vuestra conciencia, ¿qué fruto sacaréis de este conocimiento? Estos oyentes, dice Santiago, son semejantes al que se mira á un espejo, examinando en él todas las facciones de su rostro. Este apénas ha perdido de vista su retrato, cuando se olvida de todo lo que ántes habia considerado y visto.

Hé aquí una imágen fiel de lo que pasa de ordinario en los que al oír la divina palabra, conocen el mal estado en que se hallan, y retardan su conversion para lo sucesivo. Ellos gastan su vida en formar proyectos quiméricos, sin ejecutar jamas con fidelidad lo que la voz de Dios les ordena; porque los esclavos de las pasiones apénas salen del templo, cuando por mas convencidos que estén de su espiritual indigencia, y del riesgo inminente de su perdicion eterna, se vuelven á engolfar en el mundo, olvidan las ideas de conversion que habian concebido á beneficio de la divina palabra, lisonjeándose de su salud, miéntras Dios los reprueba.

Y si me preguntáis, ¿en qué consiste oír la palabra del Señor con fidelidad? no dudo deciros, que cuando observéis con exactitud los preceptos que os intima con aquel espíritu de Religion, de amor y de caridad que prescribe para todas las obras, entónces podréis llamaros fieles ejecutores de la divina palabra. Oídla pues con los sentimientos de Samuel, cuando decia: *habla, Señor, que tu siervo oye*; ó con los del Apóstol, cuando arrojado del caballo por la voz de Dios, exclama: *qué queréis, Señor, que haga*. Ni debéis contentaros con la veneracion y respeto que exige su dignidad, excelencia y omnipotente eficacia para remedio de nuestra indigencia; sino que debéis ejecutarla con la mayor fidelidad, para que produzca en vosotros los frutos de vida eterna. Y enlazando el fin con el principio, os ruego por las entrañas amorosas de Jesucristo, por su reino inmortal, no recibáis en vano esta divina palabra, alimento es-

piritual de vuestra alma: grabádlas en vuestro corazon, enseñádlas á vuestros hijos, apreciádlas y obedecédlas como á la voz de Dios, con docilidad, con sumision, con rendimiento; para que viviendo conformes á su divina ley, recibáis en vuestra muerte las bendiciones del Señor, que vive y reina, Padre, Hijo y Espíritu santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.